

## IX

Mi departamento se componía de tres pequeñas piezas, muy lindas que miraban al jardín y se encontraban a la altura ordinaria de un entresuelo. La del medio tenía un balcón que se prolongaba en forma de terrado, a la sombra de corpulentos árboles, de copioso y verde follaje. La hiedra y la vid lo tapizaban perennemente y daba vuelta hasta las ventanas de las otras piezas.

Su vista llenó mi corazón de regocijo. Me recordó la decoración del segundo acto de *Romeo y Julieta*. A media noche, bajo los rayos de la luna, envuelta en albo peinador, me creería, asomada al balcón, que era Julieta, sin que nadie pudiese impedírmelo; sólo me faltaba un *Romeo*.

No bien me encontré a solas, reflexioné en el reciente cambio que se había operado en mi vida. ¿Adónde era yo arrastrada y qué fatalidad me impulsaba? Evidentemente, una voluntad más fuerte que la mía disponía de mi destino sin concederme el derecho de oponerle resistencia. Primero, un socorro imprevisto del conde de Halifax me arranca de mi humilde condición y de mi ignorancia, para darme un barniz de cultura, tal vez más nociva que útil. Más tarde, me falta ese socorro, y el acaso me empuja hacia el hogar de una honrada familia, en cuyo seno creo fijada mi vida, a lo menos temporalmente, cuando el inesperado encuentro con Amanda Strong hace, no brotar, pero sí germinar nuevos proyectos en mi alma, con tanta violencia, que en vano intento resistir al brazo que me arrastra a Londres, respondiendo al llamamiento de una mujer que no conocía. La Providencia, que por esta vez se digna poner su mirada en mí, desvía a esa mujer de mi camino, y en cambio me lleva a la vivienda de un hombre de nobles sentimientos y de una mujer de corazón

tierno y amante. Ellos me acogen desde el primer momento, no como extraña, sino como amiga; buscan y encuentran para mí una colocación que es tan superior a la que ocupaba en el domicilio del señor Hawarden padre, como ésta lo era con respecto a la primitiva que desempeñaba en la alquería de la señora Davidson. De pastora, ascendí a un alto puesto de confianza entre el personal de uno de los más ricos joyeros de Londres; y allí, la fatalidad, a la que hasta entonces me había sustraído, me encumbra de nuevo y me derriba, sin darme el tiempo necesario para reflexionar, en esta senda tortuosa de la que el señor Hawarden hábame trazado un cuadro tan sombrío.

¿Qué hacer?

Aun era tiempo: correr a casa del señor Hawarden, huyendo de este hotel funesto; contárselo todo, no ocultarle nada, nada absolutamente, ni mis deseos de ser actriz; ponerme bajo su protección; decirle: ¡Heme aquí, sálveme usted, sálveme! Y llevar a cabo este plan con la mayor celeridad, antes que brille la luz del día siguiente, porque, de lo contrario, todo se habría perdido.

O bien, dejar a la nave seguir el curso de la corriente que, sin piloto y sin gobierno, la empuja entre ondas y remolinos, hacia el Océano, o sea, a lo desconocido, al maravilloso Catay (1) de Marco Polo, o quizás contra los témpanos de hielo del nevado Polo.

Pero ¡qué diferencia entre la vida de esa mujer, que tiene soberbios caballos, espléndidos carruajes, lacayos con librea, un suntuoso hotel, joyas a discreción, palco en todos los teatros y un amante a quien dice: «Entre usted, mi querido príncipe; estoy esperando», qué diferencia, digo, entre esa mujer y esta humilde muchacha de mostrador, que se levanta a las ocho de la mañana y se recoge a las diez de la noche, después de haber manoseado sin interrupción una multitud de aderezos, que no se atreve a recitar versos

(1) Nombre dado por los europeos al imperio chino, en la Edad Media.—N. del T.

de Shakespeare, temiendo que sus vecinos se quejen y que su señora le pregunte si sueña en voz alta!

—¡Oh, Dios mío! dignas de toda loa son aquellas que tienen bastante fuerza para resistir a la voragine; pero también merecen excusa aquellas que, sin poder resistirle, se abandonan a sus furores, cumpliéndose así las leyes humanas, que les señalan un determinado lugar en la sociedad.

¡Ay de mí! yo fui de estas últimas. Transcurrió el día y llegó la noche sin haber tenido la entereza de tomar una resolución. A lo menos debía haber escrito al señor Hawarden... No solamente dejé de refugiarme en él ni le escribí, sino que hasta evité su encuentro, sintiendo vergüenza de volver a verle. El recuerdo de por sí, traía aparejado el remordimiento, por lo que me esforcé en olvidar, y, no consiguiéndolo, procuré encontrar el olvido en el aturdimiento.

Esta fué mi segunda ingratitud.

Y sin embargo, ¿a qué circunstancia se debió que no hiciese todo lo contrario? Deseando escribir, entré en un pequeño gabinete donde había visto un escritorio. Esperaba encontrar en él tinta, papel y pluma. Pero me engañé. Había solamente un libro. Lo abrí maquinalmente, y leí: *Clarisse Harlowe*.

No sabía lo que era una novela, como tampoco sabía, al llegar a Londres, qué cosa era una función teatral. Abrí el volumen, o por mejor decir, abrí una nueva puerta que comunicaba con el mundo fantástico y desconocido en el cual había entrado el día que mis ojos contemplaron por vez primera el escenario de un teatro.

Esta novela, escrita con un fin moral, según se dice, produjo en mí un efecto completamente opuesto al que el autor se propusiera. Lovelace, lejos de parecerme un horrible seductor, parecióme un perfecto caballero; envidié los infortunios de Clara Harlowe, recompensados con la dicha que gozó con haber amado, y me sentí dispuesta a afrontar las mismas contingencias con riesgo de sufrir idénticas adversidades.

Desde el momento en que ese libro cayó en mis manos, no bien lo abrí, ya

no había que pensar en escribir al señor Hawarden ni volver a la joyería del señor Plowden. El hada me había tocado nuevamente con su varita, y yo no me pertenecía ya.

Mistress Northon vino a preguntarme si quería bajar para tomar el te con ella; pero me encontró absorta en la lectura. Le pregunté, si era orden de miss Arabela, o invitación suya. Me respondió que miss Arabela estaba ocupada atendiendo a sus visitas, y que probablemente ni se acordaba de mí. Supliqué a miss Northon que me hiciese servir en mi cuarto el te y los emparedados, que constituirían mi merienda y mi cena, y que me dejase leer sin interrupción.

Momentos después oí los pasos del criado que me traía el pisco labis pedido. Sin levantar los ojos del libro, le hice señal de dejar el servicio en una mesa y de que se retirase.

Fuí obedecida en el acto, quizás con no poco contento del doméstico, que se veía exento de los cuidados de servirme.

Me levanté y cerré la puerta, como si temiese ser molestada.

Me olvidé del te, de mistress Northon, de miss Arabela; me olvidé del mundo entero. Así como en otra ocasión me había sentido transformada en Julieta, así también ahora creía ser una nueva Clara Harlowe.

Pero, a las dos o tres horas de esta lectura porfiada, se originó una confusión tal en mi entendimiento, hervía con fuerza tanta la sangre en mi cerebro, que sentí imperiosamente la necesidad de despejarme.

Abrí una ventana y fui a sentarme en uno de los poyos del balcón.

Era una hermosa noche, una de esas noches que Shakespeare escogió para poblarla con su imaginación. La claridad de la luna, filtrándose por entre los árboles del jardín, se reflejaba, en múltiples ondulaciones, en las serenas aguas del estanque. El ruiseñor de Julieta cantaba en la espesura. Era una de esas noches que, más enervantes que los ardientes rayos del sol, fomentan el amor en el corazón de una joven.

A través de las cortinas de seda se

veían las ventanas del aposento de miss Arabela profusamente iluminado; percibiéndose los acordes de un harpa y los apagados acentos de una voz de mujer.

Nunca había oído yo las vibraciones del divino instrumento; aquellas vibraciones tenían una dulzura infinita; el arte y la Naturaleza se concertaban para mecirme en mis sueños; eran a una el ruiñeñor de Julieta y el harpa de Clara que me decían: *¡Todo es amor; nosotras hemos amado; ama tú también!*

De repente, una de las ventanas se abrió e inundó de luz una parte del jardín, dejándome completamente en la sombra, de modo que podía ver sin ser vista. Una mujer se asomó a la ventana: era miss Arabela.

Mi primer impulso fué de retirarme; pero, comprendiendo que no podían verme, no me moví.

Oí una voz que preguntaba.

—¿Dónde está usted, Arabela?

—Aquí, monseñor—respondió ésta.

—¿Qué está usted haciendo ahí, en esa ventana, reina mía?

—Me abrasaba, y procuro extinguir el fuego.

Un bello joven, casi un niño, un adolescente apenas, apareció detrás de miss Arabela, y, colocándose a su lado, acercáronse sus cabezas tan estrechamente, que los flotantes cabellos de ella ocultaban a medias el rostro del mancebo, y se mezclaban con los de éste.

Aquel joven era nada menos que el príncipe de Gales, más tarde Jorge IV.

Cogió con ambas manos los cabellos de miss Arabela y los besó apasionadamente.

Traté de oír lo que decían; pero hablaban tan bajo, que sus palabras no alcanzaban hasta mí. Oí el susurro de uno o dos besos; después, el joven rodeó con el brazo la cintura de miss Arabela y la empujó hacia el interior de la habitación. Cerróse la ventana tras de ellos; cayeron las tupidas cortinas y la luz quedó interceptada. La amarretada y poética visión se había desvanecido, dejándome presa de una languidez completamente desconocida.

El ruiñeñor continuaba trinando; pero los sonidos del harpa se habían extinguido.

Recordé la segunda escena de amor de *Romeo y Julieta*, y cual nunca, me pareció que en mi corazón se encerraban modulaciones más tiernas que las que me habían impresionado en el teatro; pero me resistía a turbar aquel armonioso silencio, mezclando una voz humana con el canto del ruiñeñor y con el rumor indefinible que, en las diáfanas tinieblas de las noches de verano, semejan el golpear de las alas de Oberon y de Titania.

Y sin embargo, cual de un cáliz lleno hasta rebosar, salió de mi garganta, contra mi voluntad, este primer verso:

«Espera, Romeo mío, no ha llegado aún la hora.»

Miré sobrecogida en torno mío. Estaba completamente sola. Cobré ánimos, y, dando más firmes inflexiones a la voz, continué declamando:

«No era la alondra, sino el ruiñeñor cuyos trinos has oído.—Oculto en las ramas de un florido granado, canta sus cuitas a la noche.—Era el ruiñeñor; te lo dice tu Julieta.»

Me detuve jadeante. Parecióme haber oído el rumor de una ventana que se abría. No vi nada. Todo continuaba tranquilo y solitario. Oyendo mi propia voz, había experimentado un deleite sin igual. Y proseguí recitando fragmentos de la tierna tragedia.

Vencidos los primeros impulsos de mi timidez, ebria con la melodía de mi voz, imprimía a las frases toda la expresión de que era capaz.

Recordé lo muy inspirada que la Siddons había estado, cuando, reconociendo su error, se le descubre el peligro que, por su amor, se cierne sobre Romeo, y exclamé, con acento de terror, no menos vibrante que el suyo:

«¡Oh, no, me engañaba, Romeo, es de día!—¡No pierdas un instante; huye, huye, amor mío!—Era en verdad la alondra cuyo ingrato canto amena-

zaba nuestros indiscretos amores. Era el astro del día, triunfante de la noche, que se asomaba en Oriente. ¡Huye, Romeo mío, huye!»

No bien había pronunciado estas palabras, oí una voz que exclamaba: ¡Bravo!—seguida de aplausos que estallaron hacia el lado donde había percibido el abrir de una ventana.

Lancé un grito, corrí a mi aposento, y, cerrando la puerta, me desplomé, temblorosa y agitada, sobre un canapé.

Había creído estar sola, y me equivocaba. Tenía un auditorio.

¿Quién lo componía?

Un hombre, sin duda alguna, un hombre joven, a juzgar por el timbre y frescura de su voz. En cuanto a los aplausos, continuaban aún después de haber cerrado la ventana de mi cuarto. Parecía que, al igual que en el teatro, se reproducían para obligar a salir en el escenario a la artista que acababa de estrenarse en tan peregrinas condiciones.

Pero, aunque me sentía muy confusa, mi turbación participaba de un indecible placer.

Este cúmulo de detalles, acaso parezcan triviales. Empero, ¿cómo lograr el perdón de mi caída, si no nuestro lo rápido de la pendiente por la que me deslizaba?

## X

Después de las emociones experimentadas, mi sueño fué la continuación de esas emociones; me figuraba ser el personaje de una novela.

Dos visiones me persiguieron en mi sueño, penetrándome hasta el corazón por la puerta de los sentidos: una de ellas, era aquel tierno cuadro de dos hermosas cabezas tocándose tan de cerca, que sus cabellos se entremezclaban, y se confundían sus suspiros; la otra, aquel invisible auditorio que segura-

mente había seguido con la vista los menores detalles de la escena nocturna representada por mí.

Todo se conjuraba para perderme; ¡los sucesos del día; los ensueños de la noche!...

Miss Arabela no estuvo visible hasta muy tarde. Mandó que me llamasen. La encontré en el mismo gabinete del día anterior.

—Pequeña mía—me dijo con entonación de reina,—me ausento de Londres por algunos días. Quisiera que usted me acompañase, pero no es posible. Así que, en mi ausencia quedará usted aquí. Sé que gusta usted del teatro; mi palco está a su disposición; puede usted ir sola, si así lo prefiere, pero es usted demasiado joven y bonita para hacer escapatorias semejantes. Sería preferible, por consiguiente, que fuese con mistress Northon, que la acompañará de buena gana. Lo único que le suplico, es que no reciba a nadie. A mi regreso, si conserva usted aún su pasión por el teatro, procuraré que hablen a Sheridan, para que pueda usted realizar su sueño de ser actriz. Si por casualidad encuentra a Rowmney, procure que no la vea; si la ve, evite su conversación, pero si no puede usted evitarla, no le diga que vive usted en esta casa. Nos detestamos cordialmente.

Hice promesa a miss Arabela de observar sus instrucciones.

—Y ahora—me dijo,—¿quiere usted ayudarme a cambiar de vestido?

—Tengo una verdadera satisfacción en hacer todo lo que usted me ordene. ¿Por ventura no estoy en su casa para obedecerle?

—Sí, hasta que te llegue el turno, y seas tú la que mandes a otras; lo que no puede hacerse esperar demasiado, con una cara como la tuya... En verdad—continuó diciendo,—creo que Rowmney tenía razón y que existe en mí una gran dosis de presunción no temiendo el parangón de mi rostro con el de esta chicuela. ¿Sabes lo que deploro?—me dijo, pasando ambas manos por los bucles de mis cabellos.

—¡No—respondí,—porque en verdad que no sé lo que usted pueda ambicio-

nar en el mundo, joven, hermosa, rica, amada como es!

—¿Me encuentras realmente hermosa, o lo dices, como los demás, por puro cumplido?—añadió, colocándose delante de un espejo y acercando su cara a la mía, con manifiesta intención de comparar nuestros dos géneros de belleza.

—¡ Hermosa, muy hermosa!—exclamé con acento de sinceridad.

—Pues bien—dijo miss Arabela,—siento no ser *hermoso, muy hermoso*, en vez de *bella, muy bella*; porque, si fuese hombre, júrote que haría por ti todas las locuras del mundo. Y héteme que, sin serlo, ya las estoy cometiendo; porque, conversando contigo, me distraigo, y haré esperar al príncipe.

Me dió un beso en la frente, y llamó a la camarera.

—¿Está pronto mi traje?—preguntó.—El sastre se comprometió a tenerlo confeccionado a las tres de la tarde.

—Hace media hora que lo han traído, señora.

—Veámoslo.

La camarera salió, y poco después volvió a entrar con un traje completo, muy elegante y muy fino.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Piensa usted vestirse de hombre?

—Sí; es un capricho del príncipe. Vamos a pasar ocho días al campo, con algunos amigos suyos; a cazar, a llevar vida señorial, ¡qué sé yo a lo que vamos! Ayer me dijo: «¿Sabe usted, Arabela, lo que debería hacer? Pues vestir ropa de hombre.» Llamé a mi sastre, y le encargué un traje para hoy, a las tres. Me aseguró que sería complacida, y, según puedes ver, ha cumplido su palabra. ¿Y qué?—añadió, dirigiéndose a la camarera,—¿qué hace usted aquí?

—Espero las órdenes de la señora para vestirla.

—No; Emma me ayudará. ¿No me prestarás este servicio, mi querida pequeña?

—Desde luego.

—Así, pues, déjenos usted, y disponga que preparen los caballos, a fin de poder salir de aquí a media hora.

La camarera salió.

Arabela se puso a examinar, una tras otra, las diversas prendas de su traje. Todas eran del más refinado gusto, y estaban hábilmente cortadas y como para realzar los encantos del cuerpo a que se destinaban.

El traje era de terciopelo granate con botones de oro; la chaqueta, de seda blanca, y las botas, de finísimo cuero, llegaban hasta la rodilla, dibujando claramente la pierna y los contornos de un pie diminuto.

El examen de estos objetos, colmó, al parecer, los deseos de Arabela.

—¿Crees tú—me dijo,—que, con este atavío, voy a resultar tolerable?

—¡Estará usted encantadora!—contesté.

—¡Aduladora!—exclamó, despojándose de su peinador.—Veamos, ayúdame.

Sacó de un cajón una camisa de batista con pechera adornada de magnífico encaje inglés, y me la entregó para que la ayudase a ponérsela...

Arabela habría podido competir, sin ningún género de duda, en cuanto a belleza plástica, no con las estatuas de la antigüedad, pero sí con las de la Edad Media, quizás más seductoras que aquéllas en ciertos detalles de forma y de actitud. No era la Venus de Praxíteles ni la Victoria de Fidias, pero era, a buen seguro, una de las Gracias de Germán Pilon.

Permanecí un rato contemplando admirada tanta perfección de formas. La perfección en la forma, era mirada, entre los antiguos, con fervor religioso.

—¿En qué estás pensando, distraída?—me dijo Arabela con acento de ternura.

—La estoy mirando, señora, y digo para mí que el príncipe es hombre muy afortunado.

Arabela sonrió, hizo un gracioso movimiento de hombros, y se inclinó para que yo pudiese ponerle la camisa.

¡Cosa singular! Para la mujer, los goces supremos radican en el orgullo, y las caricias más tiernas, en la adulación. ¿Quién era yo para miss Arabela? Algo más que una camarera; y, sin embargo, era innegable que solici-

taba mis halagos con tanta fruición como si procediesen del príncipe.

En la operación de acabar de vestirse, empleó igual lentitud y la misma coquetería. No era la primera vez que aquella inconstante hija de Eva se ponía traje masculino. Luego que se hubo completamente ataviado, parecía un gentil rapaz de diez y ocho años, a lo sumo, al paso que representaba unos veinticinco cuando vestía de su sexo, aunque era probable que ya había traspuesto el cuarto de siglo, esa primera flor escencia de la vida.

Estando en los últimos toques de la metamorfosis, en lo que revelaba una destreza no común, hija de la costumbre, la camarera vino a anunciar que el coche y los caballos de repuesto estaban preparados.

Miss Arabela se miró por última vez a sí misma y luego a mí. Era evidente que se libraba en su interior una lucha de afectos de la que no podía yo llegar a penetrarme.

—¿No sabes en qué estoy pensando?—me dijo, acercándoseme al oído.

—No—respondí con la mayor ingenuidad.

—Pienso que preferiría ser hombre, y llevarte conmigo en el coche que abajo me espera, que no ser mujer y subir en él, ni aun para ir al encuentro del heredero de la corona de Inglaterra... ¡Adiós!—añadió;—regresaré lo más pronto posible. Entretanto, quedas dueña de la casa.

Dicho lo cual, salió con paso acelerado.

La ventana daba a la calle. Me asomé para verla partir. Arabela saltó con ligereza a la carretela, arrastrada por cuatro caballos, levantó la cabeza, y, viendo mi cara pegada a los vidrios, llevóse la mano a los labios y me envió un beso.

Cimbró el látigo de los postillones, y los caballos partieron al galope.

Quedéme sola en aquella habitación tibia y perfumada, donde no era posible pensar más que en riquezas, en el amor, en la voluptuosidad.

Una hora permanecí impregnándome de aquella atmósfera enervadora que, en Baía, era tan peligrosa para la

virtud de las matronas romanas. ¡Qué diferencia no había del ambiente que flotaba en la casa de Leicester square, al ambiente vulgar de la joyería del señor Plowden, y al severo del hogar de los esposos Hawarden!

*Te dejo dueña de la casa*, me había dicho, al partir, miss Arabela. ¿Por qué? ¿Qué derechos eran los míos? ¿Cómo había yo alcanzado semejante privanza?

Y sin embargo, cualquiera que fuese el motivo de haberseme otorgado, ello es que mi valimiento era real, incívoco, según me lo demostró muy pronto la camarera, preguntándome si tenía que darle alguna orden.

¡Cómo! ¡Yo, dar órdenes; yo, que siempre las había recibido!

Debo decirlo, siempre tuve el concepto de mi humildad. En determinados momentos de embriaguez, acaso olvidaba algunas veces mi origen; pero, no bien volvía a concentrarme en mí, sentíame más dispuesta a increpar a la Fortuna que a expresarle gratitud por los favores que sobre mí derramaba, elevándome para que mi caída fuese más profunda. Aquel encumbramiento lo estimaba instintivamente como un error de la Providencia.

Dije a la camarera que si mistress Northon quería dispensarme la satisfacción de comer conmigo y acompañarme al teatro, le quedaría reconocida.

No deseaba otra cosa mistress Northon. Me preguntó el teatro que yo prefería. Yo sólo conocía uno; Drury-Lane.

Se representaba *Macbeth*, que constituía un éxito para mistress Siddons.

Aquella noche, mis impresiones fueron bien diferentes de la primera vez. Pasé por todas las fases del terror. Las condiciones de ternura de que la Siddons carecía en el papel de Julieta, eran suplidas en la trágica por otras cualidades opuestas; la potencia vocal, lo inflexible de la fisonomía, imprimían a las ambiciosas aspiraciones del personaje una perfección tal a la labor de la artista, que rayaba en lo sublime en la escena de arrastrar a *Macbeth* hasta el crimen; en la otra en

que reanima a su esposo amenazado por el espectro de Banquo; en aquella, finalmente, donde representa el espectáculo de los terrores nocturnos que persiguen al asesino... en esos momentos de la tragedia, mistress Siddons rayaba a una altura que no he visto alcanzar a ninguna otra actriz. Quizás me sentí más asombrada que la vez anterior, pero menos impresionada, menos enternecida; admiré, pero no vertí lágrimas. Comprendía que acababa de asistir a la representación de una obra de arte; cuando asistí a la de *Romeo y Julieta*, parecióme que había tomado parte activa en una escena de la naturaleza.

Estremecida por el terror, me recogí en mis habitaciones, y, bajo la impresión de lo que había visto, intenté reproducirlo; mas en seguida reconocí que ni mi fisonomía ni mi voz se prestaban a las impresiones terribles; mi voz era demasiado melodiosa, mi fisonomía demasiado tierna y juvenil. Reíme de mí misma viendo mi impotencia en reproducir los sombríos acentos y las irresistibles tentaciones que hacen exclamar a Macbeth:

«...No des al mundo otros hijos que varones, porque tu corazón invencible no debería producir sino hombres!»

Contra mi voluntad, caí en las dulces y amorosas inflexiones de voz que me hacían creer que, en el papel de Julieta, hubiese encontrado acentos nuevos y desconocidos; mi semblante, a la sazón, se amoldaba a maravilla a la armoniosa gama de mis palabras; comprendía, en fin, que me sería imposible, por muchos esfuerzos que hiciese, hacer subir conmigo ningún Macbeth al trono, al paso que sólo hablar, sólo con una mirada o con una sonrisa, me bastaba para arrastrar al más rebelde Romeo hasta el fondo de mi tumba.

¡Oh! Entonces se me representaba la fascinadora escena del baile, en el que, apenas sin hablar, ambos enamorados se declaran su amor, con demostraciones tan inequívocas, que, cuando Romeo sale, Julieta, sintiendo que

aquel desconocido se lleva consigo su corazón, exclama, induciendo a su nodriza a que le siga:

«Mira a esa máscara que sale; ve, corre, averigua, nodriza, si es libre y si puede ser mío; porque si el himeneo le tiene encadenado, un virginal ataúd será mi lecho de bodas.»

Y yo repetía estas palabras, poniendo en ellas toda la pasión de que mi alma era capaz, cuando me pareció que del jardín, al pie del balcón, me llamaban, no por mi nombre de Emma, sino por el de Julieta.

¿Era un efecto de mi imaginación, un engaño de los sentidos? ¿Había tropezado con la realidad divagando por el mundo de la fantasía? Callandito, me acerqué a la ventana, la abrí, y, suave como un susurro de la brisa, una voz repitió:

—¡Julieta, Julieta!

Romeo había parecido; Romeo se encontraba al pie del balcón. Pero, ¿quién era?

## XI

Ante la certidumbre de que se trataba de un desconocido, hubiese yo debido cerrar la ventana y recogerme en mi cuarto; y a buen seguro lo hiciera, a ser otro mi estado de ánimo. Empero, parecía que el ser que la Escritura no se atreve a nombrar y le designa diciendo *Aquel que camina entre tinieblas*, se había adherido a mí como la hiedra al muro, resuelto a no soltarme hasta no verme precipitada en las profundidades del abismo.

En vez de cerrar la ventana, en vez de huir, agucé el oído, en mi afán de escuchar.

Entonces, con gran asombro mío, el desconocido, con voz fresca y melodiosa, recitó lo que sigue, como si tuviésemos que representar en presencia de

un público invisible, o antes bien, como si realmente fuésemos, el uno Julieta, y Romeo el otro.

Palpitando de emoción, escuché estas palabras que del jardín subían:

«¿Qué súbita claridad se difunde a través de la ventana...?—¿Es la Aurora que nace, o eres tú que te asomas?—¡Oh, bella Julieta! ángel puro y radiante—que haces palidecer al propio Febo.—Amanece, astro luminoso—más brillante que el diáfano satélite—cuya frente ciñe opalina diadema.—¡Huye, luna, huye en tu carro nacarado—es la estrella rutilante—mi alma, mi virgen, mi tesoro!...»

Sabido es el poder fascinador atribuído por los antiguos al canto de las sirenas a cuya influencia no pudo Ulises substraerse sino atando a sus compañeros a los mástiles de los navíos y tapándose los oídos. ¡Infeliz de mí! Yo no estaba sujeta por ningún lazo, y mis oídos daban franco acceso a todas las melodías sensuales del amor. Aquella voz me atraía con fuerza irresistible. Me asomé al balcón, agitado el pecho, trémulos mis labios.

Y la misteriosa voz, que parecía poseer el secreto de mis sentimientos, continuó diciéndome, hablándome un lenguaje que me transportaba.

Seducida por su dulce poesía, me acordé de mistress Siddons, y, acercándome a la baranda, apoyé mi cabeza en el hueco de la mano. Mi incógnito Romeo, que, al parecer, aguardaba un momento propicio, dijo así:

«Ya su cabeza se inclina gentilmente—buscando en su mano blando y dulce apoyo.—¡Quién pudiese acariciar, cual esa mano—su rosada y virginal mejilla!»

Por mi parte, sólo se me ocurrió responder, con el poeta, con un

¡Ay de mí!...

que se escapó de mis labios como un débil suspiro.

Y la voz prosiguió sus tiernas ende-

chas, con acento tan apasionado, que todas la fibras de mi corazón se estremecieron. Y fué recitando las arrobadoras frases, hasta que me pareció llegado el momento de mi turno. Me llevé ambas manos al corazón, y con insinuante voz, dije a mi vez:

«¡Oh, Romeo! ¿Por qué llamarte Romeo?—¡Oh! renuncia a este nombre—renuncia a tu familia—o bien dime *yo te amo!* Y entonces, arrostrando el anatema—negando el nombre que aborreces—yo dejaré el de Capuleto.»

La voz murmuró:

«¿Tengo de hablar? ¿Debo enmudecer?»

Yo continué, imprimiendo a mis acentos toda la expresión que podía:

«Tu nombre te hace responsable de un crimen involuntario.—Pero, ¡oh, Dios mío! ¿Qué me importa a mí tu nombre?—Llamándote Montaigne, ¿acaso será menos intenso tu amor? ¡No!—Ninguno de los elementos que componen nuestro ser—ninguno consiste en el nombre que el hijo hereda del padre.—Tu nombre no es tu mano, ni tus ojos, ni tu corazón.—Ni es tampoco esta dulce voz que me subyuga...—Si Romeo quisiese dejar de ser Romeo—¿sería, por ventura, menos valeroso, menos gentil?—Cambiaría tan sólo la funda, no el acero que contiene.—¡Y en el mismo cuerpo viviría el mismo espíritu!»

Confieso que esperaba la réplica con emoción. En darla, no anduvo remiso mi Romeo, porque a poco, dijo, con entonación que en nada desmerecía de la mía:

«En vez de llamarme por ese nombre aborrecible—llámame por el de Amor o Fidelidad.—Y siendo tú quien así me llames—creeré que Dios mismo me bautiza.»

Con los ojos de la imaginación, el lector puede vernos, a mí en el bal-

cón, al desconocido Romeo, oculto en la sombra; pero, separado de mí por tan corto espacio, que, alargando nuestras manos, se habrían tocado fácilmente. Y supla también mentalmente quien esto leyere, el desarrollo del diálogo sostenido con el misterioso interlocutor mío, arrojándonos mutuamente con palabras salidas del alma, las tiernas promesas de un amor inmortal.

Acababa yo de decirle aquellas palabras que el autor pone en boca de Julieta:

«No temas, no, que mi amor se apague.—¡ Mi amor es profundo y grande como el mar! »

Cuando, adquiriendo la ficción caracteres de realidad, oí una voz de mujer que me llamaba por mi nombre de Emma, y al propio tiempo, noté que alguno venía en dirección a la ventana.

No tuve tiempo más que para decir en llana y vulgar prosa a mi Romeo: —Espéreme; vuelvo pronto.

Entré en mi cuarto, y me encontré frente a frente con Amanda Strong, a la que no había vuelto a ver desde el día de nuestra llegada a Londres, en que la dejé en la posada de la calle Wilhiers.

La pobre estaba anegada en llanto.

Por más que su llegada no me resultaba muy oportuna, la abracé tiernamente, feliz de volver a encontrarme con una amiga.

Sus primeras palabras me hicieron comprender que tenía mucho que contarme y que su propósito, al venir a semejante hora, era no separarse de mí hasta el siguiente día.

Tenía que despedirme de Romeo. Hice entrar a Amanda en mi dormitorio, y, volviendo al balcón, me incliné sobre el antepecho y extendí el brazo.

Dos manos asieron la mía, unos labios ardientes se posaron en ella, y nuestras voces murmuraron simultáneamente.

—¡ Hasta mañana!

Y fui a reunirme con Amanda, laténdome el corazón, ebrio de misteriosa poesía, pletórico de un sentimiento que acababa de nacer en lo más recóndito de mi ser.

## XII

No habría sido difícil a Amanda Strong observar que algo anormal me ocurría; pero, tan preocupada la traían sus asuntos, que no pareció reparar en nada, y abordó en seguida la cuestión.

Ricardo, el hermano de Amanda, el joven que me había sucedido en el cargo de guardar los carneros de la señora Davidson, contrabandista más tarde, y compañero nuestro en el viaje de Chester a Londres, Ricardo, en una de esas levas con que Inglaterra recluta su marina, acababa de ser enganchado y destinado a la tripulación del comodoro Juan Payne.

Tratábase de obtener la liberación del joven. Habían dicho que el galante marino no sabía rehusar nada a una cara bonita; por lo que, Amanda Strong había pensado en mí para que yo solicitase la gracia que ella se proponía alcanzar.

Habíase informado de mi paradero en el domicilio del señor Hawarden, de donde la dirigieron al del señor Plowden, y éste, a su vez, indicóle la dirección de miss Arabela, diciendo que yo había desaparecido, pero que probablemente me encontraría allí.

Amanda había venido dos veces en intervalo de pocas horas. Se le dijo que yo estaba ausente, como así era, en efecto, pues se recordará que aquella noche asistí a la representación de *Macbeth*. Pero, resuelta a verme, vino por tercera vez, y, tanto insistió, que, a pesar de ser casi media noche, la acompañaron a mi habitación.

Había llegado en el preciso momento de la tragedia en que la nodriza llama a Julieta, pero introduciendo una

doble novedad, que consistía en llamarme por mi nombre de Emma y en obligarme a separarme de Romeo mucho antes que la Julieta auténtica.

Encontrábame en esa feliz disposición de ánimo propicia a la concesión de mercedes y favores. Prometí a Amanda Strong que al otro día me ocuparía en la libertad de Ricardo; y, como que no podía volver a su casa en tal hora de la noche, se le preparó una cama en un canapé, a fin de que se acostase a mi lado y poder, al día siguiente, emprender las diligencias necesarias.

Según informes obtenidos por Amanda, sir Juan Payne estaba a bordo de su buque, el *Théseus*, anclado en el Támesis, entre Greenwich y Londres.

Amanda había advertido que, muy al contrario de ella, yo mostraba la cara sonriente y el corazón alegre; me contó su tribulación, yo le conté, no mi dicha (no tenía ninguna razón de ser dichosa), pero sí el estado de mi alma embebida en fantasías que, si bien no constituyen la felicidad de una doncella, son a lo menos su espejismo.

Huelga decir que, hasta que reconciliamos el sueño, mi incógnito Romeo fué el tema de nuestro palique. Me dormí con el nombre de Romeo grabado en la mente y los labios en la mano que él había abrasado con los suyos.

Y excuso también decir que pasé la noche en un no interrumpido sueño de amor.

El día siguiente, al abrir la puerta de mi cuarto, vi una carta en el suelo, la habían introducido, con toda seguridad, por un resquicio que había en la ventana que daba a la terraza, y llevaba esta inscripción: *A Julieta*.

La abrí y llevé afanosamente mis ojos a la firma, que lo mismo podía ser un nombre bautismal que patronímico: ese nombre era *Harry*.

Entonces no la leí, la devoré.

Había casi adivinado la verdad. Romeo Harry era vecino mío; habíame visto en el jardín, representando la escena de Julieta en el balcón, y era él quien me aplaudió al terminar. Y se le ocurrió, al otro día, bajar al jardín, sin cuidarse más que Romeo del peli-

gro que corría cometiendo la imprudencia, y atraerme a la ventana recitando los primeros versos de la tierna escena.

Ya se conoce el éxito que obtuvo su combinación.

La explicación que de su persona me daba, era concisa. Era estudiante en la universidad de Cambridge; pero, dominado, según decía, por una irresistible vocación al teatro, creía adivinar en mí iguales aficiones, y me proponía que corriésemos juntos los azares de la fortuna y de la gloria artística. Y terminaba suplicándome que no dejase de acudir al balcón la noche siguiente, para darle una contestación de la cual dependía su dicha futura, según él.

He dicho ya que esta carta, poco a propósito para sosegar la turbación de mi alma, llevaba la firma de Harry. Había, sin duda alguna, sido escrita después de nuestro interrumpido diálogo; su autor hubo de escalar mi balcón, y, observando que no estaba sola en mi aposento, la introdujo en él por un resquicio de la ventana.

Este detalle me indicaba que no podía considerarme muy segura en mis habitaciones, a poco audaz que fuese mi vecino, y que, lo mismo que la Julieta auténtica, pronto pasaría de la escena del jardín a la del balcón.

¡ Ay! mi situación era peligrosa, expuesta a todo género de riesgos. Si Julieta, la heredera de los Capuletos, una de las más linajudas ramas de Verona, destinada a conservar el honor de una familia que la adoraba, que le había inculcado con solicitud todos los principios de la virtud, si Julieta, digo, hace a su amante el sacrificio de su virtud, de su nombre, de su felicidad, a impulsos de uno de esos desvaríos juveniles que mueven el corazón por encima de todas las consideraciones humanas, ¿ cómo podía yo, pobre joven aislada y desconocida, sostenida en cierto modo por la caridad pública, sin haber conocido a mi padre, malquista de mi madre... cómo podía defenderme yo? Sin la eficacia del ejemplo moral, el más eficaz y el más elemental instrumento de virtud; libre en absoluto de mis actos, sin un nombre ni una fami-

lia que poder enlodar, ¿cómo podía soñar en la resistencia, colocada en situación semejante a aquella en que sucumbió Julieta?

Así que, ni siquiera pensé en ella, en la resistencia. Sólo ansiaba reunirme de nuevo con mi desconocido Romeo, cuyo semblante no había podido distinguir en la obscuridad de la noche; aunque, en las inflexiones de su voz había adivinado su juventud, y en su carácter de letra y en su estilo, una esmerada educación. En cuanto a sus cualidades físicas, estaba convencida de que era varonilmente bello. En toda esta aventura, había a su favor la doble inspiración de la juventud y de la belleza.

Besé la carta y la guardé en mi seno, a la altura del corazón.

En esto, Amanda se vestía. Teníamos que salvar una legua y media para llegar al paraje del Támesis donde estaba anclada la flotilla inglesa; pero no podíamos presentarnos al almirante antes del mediodía.

Disponíamos, pues, de tiempo suficiente para almorzar en casa, y partir luego sin apresuramiento.

Pregunté si podrían servirnos el almuerzo en mis habitaciones. El criado respondió que miss Arabela había dado orden al partir, de que se me obedeciese como a ella misma.

Mientras almorzábamos, me preguntó si había que preparar el coche. No queriendo que se supiese dónde íbamos, dije que no lo necesitaba, añadiendo, por toda explicación, que probablemente no regresaría antes de la noche.

Ya en la calle, Amanda, más familiarizada que yo con las costumbres de Londres, llamó a un coche de alquiler, trató con el auriga el precio por todo el resto del día, y, acomodadas en el vehículo, tomamos por el camino del Támesis.

Me dejé llevar por Amanda. Estaba mi alma completamente sumida en el suceso de la víspera. A cada instante me llevaba la mano al corazón para asegurarme de que la carta continuaba en el mismo sitio. Lo único que empañaba aquel plácido sueño del alma, era

el haber encontrado un simple estudiante, un modesto artista, que me ofrecía recorrer en su compañía la espinosa senda del arte, en vez de un apuesto caballero que me guiase hacia la gloria de mistress Siddons, o me rodeara del fausto de miss Arabela.

Empero no podía dar por fracasado lo que solamente quedaba diferido. El teatro era un pedestal en el que la estatua de la belleza era objeto de un culto tan fervoroso como la estatua del talento; y puesto que yo tenía la certidumbre de ser bella (¡tantas veces me lo habían dicho!) y la esperanza de llegar a tener talento; todo se reducía a un problema de pura cronología, que me permitía esperar sin impaciencia.

Bien se ve que me mantengo fiel al plan que me he trazado al escribir mi vida, y que muestro el fondo de mis pensamientos a los hombres que ya me han juzgado con harta severidad, lo mismo que a Dios, de quien espero más indulgencia en el día de mi muerte.

Si escribiese una novela, podría invertir los hechos, disimular mis yerros y excusar mis faltas; pero, he intitulado a este libro: *Mi vida*. No me asiste, pues, el derecho de introducir la más pequeña modificación en los acontecimientos de mi existencia. Debo presentarlos en su orden y con sinceridad. Reconozco que, como novela escrita por la mano del hombre, este libro sería mal hecho, y, lo que es mucho peor, mal concebido; porque, producto de la fantasía, no podría ejercer ninguna influencia sobre la vida de mis semejantes. Pero no es así. Yo desgloso una página de la historia del gran libro de la humanidad, escrito por la pluma de hierro del Destino, que me hizo pasar, como un meteoró fatal, a través de un siglo y ejercer una influencia nefasta sobre mis contemporáneos. Estoy obligada a descubrirlo todo, hasta la perversidad de mis pensamientos y mis malvados actos. Una sola excusa tengo en mi favor: nunca obré por interés ni con premeditación, sino impulsada por determinadas circunstancias, independientes de mi voluntad, y muy singularmente, más fuertes que ella. Mis

faltas más graves, o mejor dicho, los hechos más censurables de mi vida, obedecen casi siempre a un móvil generoso. Mi primera falta tuvo por causa una buena intención mía: salvar al hermano de mi amiga. ¿Por qué ponía yo tanto empeño en llegar felizmente a la meta de mis propósitos de salvar a Ricardo? He de reconocer que acaso había en el fondo un sentimiento de gratitud: Ricardo fué el primero que me dijo que era hermosa.

Estaba tan absorta en mis cavilaciones, que no me daba cuenta ni del camino que habíamos recorrido ni del tiempo empleado en recorrerlo, cuando el coche se paró.

Estábamos a orillas del río, a poca distancia de un soberbio barco de guerra.

¿Eramos esperadas? No lo sé, si bien después ha cruzado frecuentemente por mi cerebro la sospecha de que era cosa convenida de antemano entre el comodoro y Amanda.

Apenas pusimos pie en tierra, un bote se destacó del *Théséus*, y, tripulado por seis remeros, vino en dirección a nosotras. Todo era tan nuevo para mí y había pasado por tan diversas emociones, que este detalle se me escapó en aquel preciso momento, y sólo reparé en él algún tiempo más tarde.

Poco después estábamos a bordo del buque.

Lo primero que vi, al subir la escalera, fué al pobre Ricardo, vestido ya de marinero, el cual, acercándose a mí, me dijo con voz suplicante:

—¡Ah, señorita Emma! compadézcase usted del infortunado Ricardo.

No alcanzaba a comprender cabalmente el por qué de la influencia que se me atribuía; pero tenía el cuitado un aspecto de tan honda aflicción, que le prometí hacer por su causa todo lo que de mí dependiese.

Un guardia marina le dió un brusco empujón, para apartarle de nosotras, y nos acompañó al camarote de Payne.

Este camarote era uno de los más suntuosos gabinetes que haya visto jamás, ni siquiera en la época de mi trato familiar con una reina.

Envuelto en rica bata de tela china,

estaba sir Juan Payne entregado a la lectura, hundido en un diván turco recamado de flores de oro, el cual diván tenía por base dos cañones de bronce brillantes como el sol.

Se volvió hacia nosotras con la negligencia de quien recibe una visita inesperada; pero, al advertir que las visitantes eran dos mujeres, se levantó.

Le dirigí una fugaz mirada, que, no por fugaz, me impidió verlo todo.

Sir Juan Payne era un bizarro oficial de treinta a treinta y cinco años. En tan moza edad, el grado que había alcanzado debíalo seguramente más bien a su cuna y a su fortuna, que a méritos contraídos en su carrera de marino. Tanto su persona como los objetos que le rodeaban, exhalaban, por decirlo así, un perfume de suprema aristocracia.

Amanda, anegada en llanto (poseía a maravilla el secreto de dar curso a las lágrimas), se arrojó a sus pies, o mejor, hizo ademán de arrojarse; pero, él la contuvo, y le preguntó el motivo de su visita.

Como los sollozos le ahogaban la voz, me cogió la mano, haciéndome signo de que hablase por ella.

Sólo entonces pareció fijarse en mí el almirante. Miróme, asombrado, al parecer de mi belleza, y me hizo sentar a su lado.

Amanda continuó en pie, con la cara oculta tras el pañuelo y diciéndome con entrecortado acento:

—Habla, habla, Su Señoría te escuchará con más agrado que a mí.

### XIII

Me encontraba visiblemente turbada, y con voz emocionada expliqué al almirante el objeto de nuestra visita, asegurándole que mi gratitud sería eterna, si me concedía la libertad del pobre Ricardo.

Sea que lo creyese realmente, sea

que fuera su intención dirigirme una li-sonja, el almirante me preguntó las razones que una persona de mi calidad podía tener para interesarse por un pillastre como aquel cuya liberación solicitaba.

Respondíle, con una humildad no exenta de cierto orgullo, que yo no era persona de calidad, sino una humilde lugareña paisana de Ricardo.

Me cogió después la mano, y, después de haberla examinado, movió la cabeza con aire de duda.

—Estas manos—mi dijo riendo,—no son manos de campesina.

Insistí, diciéndole que se engañaba.

—En este caso—replicó, sacándose del dedo meñique un anillo de brillantes que colocó en uno de mis dedos correspondiente al grueso del suyo,—no hace falta más que esta sortija para hacer de ellas manos de duquesa.

Un vivo carmín tiñó mis mejillas, más de satisfacción que de vergüenza. Empero, aunque mi mano me pareció que resaltaba en belleza con el flamante adorno, intenté devolver al almirante la sortija que me ofrecía con galantería tanta; pero, reteniendo mi mano en la suya, me dijo que si persistía rehusando el obsequio, él, a su vez, se consideraría desligado de todo compromiso.

Miré a Amanda, que tenía fijos en mí sus ojos tan suplicantes, que no tuve valor para oponer más resistencia al deseo del almirante.

—¿Y mi pobre Ricardo?—preguntó Amanda.

—Oigan ustedes. No soy yo solo el que ha de resolver el caso; puedo proponer la licencia, pero debo presentarla a la aprobación del Almirantazgo.

—S!—dije asiendo las manos de sir Juan Payne;—pero, solicitada por usted esa licencia, será acordada, ¿no es verdad?

—Así lo creo.

—Diga usted que está seguro de ello.

—Haré los posibles para complacerla—repuso el almirante, inclinándose cortésmente.

—¡Oh! si usted lo consigue, ¡cuánta gratitud le guardaré!

—¿Hay sinceridad en sus palabras?

—me preguntó el almirante, clavando en mí sus ojos llenos, si no de amor, a lo menos de deseo.

La sangre afluyó a mi rostro, y bajé la cabeza.

Me pareció haberle sorprendido cambiando una mirada con Amanda; pero, la de ésta, bien podía ser una mirada de súplica.

—Oiga usted—añadió el almirante,—voy a darle una prueba de mi buena voluntad. Hoy mismo iré a Londres, y practicaré las diligencias pertinentes al caso.

—¡Oh! ¡Cuán bueno es usted!—exclamé.

—¿Y cuándo y dónde recibiremos la contestación?—preguntó Amanda.

—Muy sencillamente; espérenla ustedes.

—¿Aquí?—pregunté con cierto sobresalto, pensando en mi cita de la noche.

—No, en Londres, en mi casa de Picadilly.

Interrogué con los ojos a Amanda.

—Que responda Emma; en cuanto a mí, estoy a las órdenes de Su Señoría.

—Esperaré donde usted guste, milord—dije,—en la esperanza de que la respuesta será favorable. Solamente que...

—¿Qué es ello?—preguntó el almirante.

—Tengo que estar de regreso en casa a las diez de la noche.

—Será usted libre de retirarse cuando le plazca; pero, como la respuesta puede hacerse esperar, tomarán ustedes una taza de te, y luego quedaremos todos en libertad.

Tocó un timbre, a cuyo vibrante sonido compareció un marinero.

—¡El te!—dijo el almirante.

A los pocos instantes volvió a presentarse el marinero con una fuente llena de pasteles, que colocó encima de una mesa.

—Vamos, hermosa postulante, haga usted los honores del te—me dijo el almirante.

Obedecí, un tanto embarazada, y le ofrecí una taza de te, haciéndole una ligera reverencia.

—¡Es usted, de veras, adorable!—

me dijo sir Juan;—no habían exagerado.

Dirigí una mirada de reproche a Amanda. Lo que acababa de decir el almirante, era una prueba de que mi visita se esperaba.

—¿Le guarda usted rencor por haberme dicho que tenía por amiga el ser más bello de la tierra, y me le tiene a mí, si he deseado conocerla? Sería usted muy cruel, porque, si se hubiese resistido a venir, su amigo Ricardo no se habría librado de ser marinero, a lo que me parece que no siente vocación, al paso que yo no hubiera tenido ocasión de llamarme su servidor.

No sabía qué responder a esta locuacidad un tanto irrespetuosa.

Me alargó su taza, para que echase en ella algunas gotas de licor, lo cual le permitió observar el temblor de mi mano.

—¡Rara conjunción!: virtud, delicadeza, pudor, además de hermosura y juventud—dijo entre dientes.

Le miré asombrada.

—¿Ha visto usted el Hamlet?—me preguntó.

—No—respondí.

—Pues bien; esto que acaba de decir, es lo que Hamlet dice a Ofelia, admirado de ver tanta gracia, y amor y honestidad en una mujer.

Yo sacudí la cabeza.

—Y—continuó diciendo sir Juan,—no creyendo Ofelia en el amor del príncipe dinamarqués, agrega:

«Duda de la luz de las estrellas.—Y del sol que irradia en el espacio.—Duda también de la revelación divina.—¡Duda, en fin, de todo, pero no de mi amor!»

—¿Y qué responde Ofelia?

Sir Juan se levantó.

—Hamlet—dijo,—no le da tiempo de responder; se va lleno el corazón de risueñas esperanzas.

—¿Nos deja usted?—le pregunté.

—Después de las tres, no encontraría a los lores del Almirantazgo, y quiero, cuando menos, contraer el mérito de cumplir mi promesa, dándoles a us-

tedes hoy mismo la contestación en un sentido favorable, o desfavorable.

—¿Y nosotras?—preguntó Amanda.

—Ustedes—dijo sir Juan, tendrán la bondad de esperarme en Picadilly, adonde las acompañará mi criado.

—¿Concederá usted, en el interin, veinticuatro horas de libertad al pobre Ricardo?

—Sí, toda vez que—repuso sir Juan riendo,—miss Emma da palabra de que el perillán no desertará, en cuyo caso miss Emma se haría solidaria con su persona.

—¿Lo oyes, Emma?—dijo Amanda.

Tendí la mano a sir Juan:

—Empeño mi palabra, milord—contesté.

—Ahora—añadió el almirante,—no ansío sino una cosa: que el truhán se escape al fin del mundo. ¿Vienen ustedes conmigo, y quieren que las conduzca a tierra?

—Habíamos venido a este barco tan sólo por usted—respondí,—y, desde el momento que usted se va, no tenemos nada que hacer a bordo.

Sir Juan tocó el timbre, y se presentó el mismo marinero.

—¡La canoa!—dijo el almirante.

—Está preparada, milord.

—Venga usted con nosotros, y acompañará a estas señoras a Picadilly. A las siete, la cena.

Quise hacer una observación relativa a lo de la cena para las siete; pero sir Juan no me dió tiempo, y, ofreciéndome el brazo, nos dirigimos a la escalera.

Todos los oficiales estaban formados en doble hilera, desde el camarote a la escalera del buque.

Bajé la cabeza; aquellas miradas pesaban en cierto modo sobre mi frente, obligándola a inclinarse hacia el suelo.

Me encontré en la canoa, sin saber cómo había bajado. Oí la voz de sir Juan ordenando a Ricardo que nos siguiera, e inmediatamente la embarcación se separó del navío ligera como un pájaro.

El coche de sir Juan esperaba, y, estacionado a su lado, se encontraba nuestro humilde simón.

—¿Piensan ustedes regresar a Londres en este destaralado alquilón?

—¿Pero en cuál otro quiere usted que vayamos?—le respondí.

—Picadilly se encuentra en el camino de ustedes; las dejaré al paso.

Hizo un signo a su sirviente, que fué a pagar nuestro coche de alquiler; luego abrió él mismo la portezuela del suyo, y me invitó a subir la primera, mientras que Amanda cambiaba algunas palabras con Ricardo, para darle una cita en lugar donde le comunicaría el resultado de las tentativas de sir Juan.

Ricardo, menos altivo que nosotras, ocupó el simón, y se hizo conducir triunfalmente a Londres.

Sir Juan se colocó en el asiento delantero, cediéndonos los dos del fondo; el criado subió junto al cochero, y el vehículo arrancó, conduciéndome (¡extraña condición de mi destino!) sumergida en sueños que no eran los mismos de horas antes.

Tan profundamente sumida estaba en aquel ensueño, que apenas sentí que sir Juan se apoderaba de mi mano, que dejé abandonada entre las suyas.

A la hora y media, el coche se detuvo; habíamos llegado a Picadilly.

Abrieron la portezuela; sir Juan se apeó el primero para ofrecernos la mano. Estaba yo reconocida a caballero tan cumplido que nos dispensaba atenciones como si fuésemos duquesas; y por un movimiento ajeno a mi voluntad, le estreché la mano.

—¡Gracias!—dijo en voz baja.

Retiré la mano rápidamente.

Miróme con un cierto asombro; pero vió, en mi sonrisa, que no había nada de mortificante para él en el hecho de haber retirado mi mano.

Eran más de las tres; no había que perder un instante, si quería llegar a tiempo al Almirantazgo. Volvió a subir en su carruaje, y nosotras, guiadas por el sirviente, entramos en la casa.

Dicha casa, situada entre Londres y el apostadero de los buques de la flotilla a que pertenecía el *Théséus*, era un delicioso hotelito amueblado con la más refinada elegancia, y su único propie-

tario o inquilino, era el aristócrata protector de Ricardo.

El lacayo nos acompañó a cada una de nosotras a un gabinete distinto.

Al entrar en el mío, me detuve, procurando recordar dónde había visto yo aquella estancia.

Era una visión, y nada más, porque nunca se habían encaminado mis pasos hacia aquel lado de Picadilly, y era, por consiguiente, la primera vez que visitaba el tal lugar.

Me encontraba en un elegante aposento, frente a un grande espejo encuadrado en dorado marco, y rodeado de ricos cortinajes de seda celeste y muebles de finísimas maderas. Mis pies se hundían en una mullida alfombra turca; el techo se adornaba con frescos que se habrían creído obra del pincel de Boucher o de Watteau.

Sin duda alguna, yo había visto aquello en una anterior ocasión.

Me desplomé sobre un sillón de seda azul, y este color me recordó mi primer vestido de pensionista. En alas de la imaginación, acudieron a mi memoria todos los recuerdos de mi pasado.

En un ensueño de mi niñez había visto ya el cuadro que mis ojos tenían delante.

A la media hora, vino Amanda Strong, y me encontró en el mismo sitio donde me había dejado caer al entrar. Pareció alarmarse un tanto viéndome en aquel estado de somnolencia, y trató de substraerme a él, hablándome de sir Juan Payne, de sus bondades para con Ricardo, de su cortesía con nosotras.

Me limité a sonreír sin responder. Comprendía el móvil de semejante cortesía y la razón de sus bondades, y por instinto presentía que mi honor, o por mejor decir, que al precio de mi honor se obtendría el rescate de Ricardo.

Sir Juan Payne era, por desgracia, joven, y guapo y rico. Todo se concertaba para perderme.

A las cinco, un coche paró frente a la puerta. Sentí un estremecimiento. Amanda corrió a la ventana. Por mi parte, no tuve necesidad de moverme

de mi asiento para comprender que era sir Juan el que llegaba.

Un instante después se abrió la puerta, y el almirante se presentó con expresión de júbilo.

—¿Qué me dará usted, miss Emma—me dijo,—si le traigo una buena noticia para su protegido?

—¿Qué puedo darle, milord—respondí, poniéndome en pie y tendiéndole ambas manos,—sino las gracias de un corazón lleno de gratitud por su bondad?

—Está bien—repuso,—acepto las gracias, por ahora; más tarde, arreglaremos cuentas definitivas.

—¿Ha conseguido usted su objeto, milord?—preguntó Amanda.

—Por lo menos, estoy en vías de conseguirlo. Hanme prometido la licencia de su hermano para esta noche. Si a ustedes les parece, la aguardaremos en la mesa. Considero que estarán muriéndose de inanición, pues a bordo apenas si han probado un poco de pastel y sorbido unas cuantas cucharadas de té. En cuanto a mí, declaro que la caminata que acabo de hacer, me predispone con el mejor apetito.

Iba yo a poner una objeción fundada en la necesidad que tenía de volver a mi casa, cuando el sirviente entró, anunciando que milord estaba servido.

Sir Juan Payne me cogió del brazo y me llevó al comedor.

El día empezaba a declinar, y de la semi-obscuridad de la habitación, acentuada por el tupido cortinaje, nos trasladamos a una pieza radiante de luz que se reflejaba en el cristal de los vasos y en los bruñidos objetos del servicio de mesa.

Habríase dicho, en verdad, que era una cena preparada por mano de hadas destinada al rey Oberón o a la reina Titania. La atmósfera estaba suave e impregnada de delicados perfumes, que parecían penetrar por todos los poros.

Observando sir Juan lo que por mi interior pasaba, me dijo:

—Pertenece usted al género de las sensitivas: mujer y flor, a la vez. ¡Feliz el mortal que logre aspirar el aro-

ma de la flor y recoja la palabra de amor en los labios de la mujer!

Lancé un suspiro. El me acompañó a mi silla, sentándose a mi lado.

La fascinación de la riqueza corre parejas, en mí, con el horror que profeso a la miseria. ¿Circula realmente por mis venas sangre nobiliaria, o es que todos mis afañes tienden a recobrar el nivel malogrado por un nacimiento ilegítimo?

A los postres, vino un criado y entregó a sir Juan un despacho lacrado.

El almirante lo leyó detenidamente, y luego que se hubo asegurado de que era la licencia de Ricardo, lo puso en manos de Amanda.

Esta se levantó, y, pretextando que quería llevar sin pérdida de tiempo a su hermano tan grata noticia, pidió permiso para retirarse.

Sir Juan se lo concedió de buen grado, elogiando este arranque de una buena hermana.

Comprendí que toda mi vida futura dependía de los cinco minutos que iban a transcurrir. Viendo que Amanda se ponía en pie, hice otro tanto. Sir Juan no hizo el menor movimiento para retenerme. Tenía yo que volver a mi cuarto para recoger la capa y el sombrero. Resuelta a librarme de la seducción, realicé un esfuerzo de voluntad, corriendo al gabinete, que encontré iluminado con una lámpara de alabastro.

Nada tan maravilloso como aquel salón, visto a la luz que lo inundaba, parecida a la luna de una hermosa noche de verano.

Quedé por un instante inmóvil, silenciosa, luchando con el deseo de permanecer allí y el deseo de irme con Amanda. Sentí la necesidad de un apoyo moral, y me llevé la mano al corazón, donde continuaba la carta de Harry.

Quise, por fin, salir del gabinete; pero la puerta se había ocultado a mi vista en aquel desorden de tapices y cortinas. Todo parecía obedecer al poder de una magia que adquiría formas de realidad.

Retrocedí para llamar; pero sir Juan